

**CUENTOS
ESCOGIDOS
DE
JOY
WILLIAMS**

**«POSIBLEMENTE LA MEJOR ESCRITORA
DE CUENTOS CONTEMPORÁNEA»,
THE GUARDIAN.**

Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Joy Williams

Cuentos escogidos

Traducción del inglés por
Albert Fuentes

Título original: *The Visiting Privilege. New and Collected Stories*

© Joy Williams, 2015

Publicado de acuerdo con Alfred A. Knopf, un sello de The Knopf Doubleday Group, una división de Penguin Random House, LLC

© por la traducción, Albert Fuentes, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Canciones del interior:

pág. 20: © *Te Deum*, © 1999 Deutsche Grammophon GmbH, Berlín, interpretada por la Filarmónica de Berlín y Eugen Jochum

págs. 20 y 414: © *Kindertotenlieder*, © 1992 Decca Music Group Limited, interpretada por Kathleen Ferrier, Otto Klemperer y la Royal Concertgebouw Orchestra

pág. 43: © *Dark Was the Night*, © 1998 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Blind Willie Johnson

pág. 270: © *Tainted Love*, © 1982 Universal Music Enterprises, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Gloria Jones

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-322-3259-6

Depósito legal: B. 11.926-2017

Composición: Átona-Victor Iguar, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

- 11 CUENTOS ESCOGIDOS
- 13 Cuidarse
- 27 El amante
- 38 Verano
- 55 Preparativos para un collie
- 63 La boda
- 75 El mozo jardinero
- 87 Pastor
- 97 Tren
- 118 La excursión
- 135 Química invernal
- 156 Orillas
- 167 La granja
- 186 Escapadas
- 201 Podredumbre
- 220 El patinador
- 234 *Lu-Lu*
- 244 El pequeño invierno
- 269 Centro de belleza
- 282 Blanco

- 297 Los hombres de azul
312 La última generación
331 Invitado de honor
353 Congreso
379 Marabú
386 Derecho de visita
401 Sustancia
418 Caridad
436 Anodino
448 Acuse de recibo
463 La otra semana
484 Martillo
508 Fortuna
537 Bromelias

547 CUENTOS NUEVOS

- 549 El cobre
562 Las chicas
579 El aparecido
595 La Misión
604 Una temporada más
614 Peligroso
629 En el parque
637 Gatos y perros
655 El encargado del puente
665 Souvenir
670 El campo
689 La célula madre
701 Ansias

715 *Fuentes*

CUIDARSE

Jones, el predicador, lleva toda la vida enamorado. Es algo que le desconcierta porque no ha visto que nadie haya salido beneficiado de ello, ni siquiera aquellas personas que se lo han reconocido, lo cual no ocurre todos los días. El amor de Jones resulta demasiado obvio y sólo provoca desinterés. Es como un animal de un zoo ambulante al que, como consecuencia de una aberración genética, le crece un órgano por fuera de la piel, torpe y desdichado, algo que nadie debería ver, sin duda algo cuyo funcionamiento nadie debería poder observar. Ahora se sienta en la cama junto a su mujer en la Unidad de Cuidado Personal del hospital, a unos veinticinco kilómetros de su casa. La han ingresado para hacerle unas pruebas. Está muy débil, muy cansada. Tiene algo en la sangre. Sus brazos están cubiertos de hematomas allí donde le han pinchado en busca de las venas. También tiene la cadera hinchada y amoratada donde le han sacado muestras de médula ósea. Todo esto da miedo. Los médicos se muestran severos y sabios, y responden a las preguntas de Jones en un tono que le hace sentir desesperadamente sordo. Le han dicho que en realidad no existen las llamadas enfermedades de la sangre, ya que la sangre no es

un tejido vital, sino un vehículo pasivo para el transporte de nutrientes, oxígeno y residuos. Le han dicho que esas anomalías de los corpúsculos sanguíneos, que es lo que parece tener su mujer, deben interpretarse como síntomas de una enfermedad en otra parte del cuerpo. Le han mostrado, porque lo ha pedido, diapositivas y gráficos de células sanguíneas sanas y enfermas que a Jones le recuerdan a canapés. Le hablan (porque les insiste) de leucocitosis, mielocitos y megaloblastos. ¡Ninguna de esas cosas tiene en cuenta el amor que siente por su esposa! Jones se sienta a su lado en la habitación sombría y agradable, vestido con un traje gris y su alzacuellos, porque cuando deje a su mujer tendrá que visitar a otros feligreses de su parroquia que están ingresados allí. Esta parte del hospital es como un motel. Los pacientes pueden vestir de calle. Las habitaciones tienen escritorios, alfombras y coloridas colchas. Cómo le gustaría estar de viaje con ella esa misma noche y pernoctar en un motel. Entra una enfermera con un vasito de papel lleno de pastillas. Hay tres pastillas o, por decirlo mejor, cápsulas, y no son para su mujer, sino para su sangre. El vasito es el más pequeño de su especie que haya visto Jones en su vida. Toda perspectiva, toda noción del tiempo y de la escala de las cosas, parece haber huido del hospital. Por ejemplo, cuando Jones se vuelve para besar los cabellos de su mujer, lo único que encuentra es aire.

Jones y su mujer sólo tuvieron una hija, la cual, a su vez, es madre de una niña que nació hace seis meses. La hija de Jones se ha aficionado a las estrellas y echa mano del firmamento más de lo que Jones haya hecho jamás, como el propio Jones no tiene ningún inconveniente en admitir. Ha abandonado a su marido y ha dejado a la niña con Jones.

También le ha confiado el perro. Ahora se marcha a México, donde pronto, en las montañas, sufrirá una crisis nerviosa. Jones no lo sabe, pero su hija ha visto su destino en las estrellas y ha salido a su encuentro. Sin pensarlo, Jones acepta cuidar de la niña y el perro, ya que es lo único que su hija parece necesitar de él. La fecha de nacimiento del bebé es algo secundario con respecto a las posiciones de los planetas y las propiedades zodiacales de casas, cuadrantes y gradientes. Su símbolo es una amazona que monta a pelo. Para Jones, es una idea bonita. Significa audacia. También significa suerte. Jones desliza un poco de dinero en el bolsillo de la maleta de su hija y la lleva en coche al aeropuerto. El avión rueda por la pista y Jones levanta los brazos, intentando contener entre ellos toda la suerte de su familia.

Una tarde, al llegar a casa, Jones había encontrado a su mujer sentada en el jardín, sollozando. Había estado trasplantando las flores, metiéndolas en macetas antes de que llegaran las primeras heladas. Tenía tierra en la frente y alrededor de la boca. Decía que su ropa ligera le parecía muy pesada. El peso de la ropa le había dejado dolorido el cuerpo. Cada respiración era una piedra que tenía que engullir. Lloraba y lloraba bajo el débil sol de otoño. Jones vio que las venas de la garganta le palpitaban. «Me muero —dijo ella—. Voy a tardar meses en morirme.» Pero después de hacerla entrar en casa, ella le insistió en que se había repuesto y preparó té para los dos mientras Jones trasplantaba a las macetas el resto de las plantas y las bajaba al sótano. Ella se tumbó en el sofá y Jones se sentó a su lado. Conversaron en voz baja. De hecho, su voz era casi un susurro, como si estuvieran en un lugar público rodeados de desconocidos en vez de en su propia casa sin otra compañía que ellos mismos. «Salgamos

a dar un paseo en coche», dijo Jones. A su mujer le pareció bien.

Juntos cruzan por varios pueblos, sumando kilómetros, hasta llegar al estado vecino. Ella no quiere parar de viajar. Compran sándwiches y batidos y comen en el coche. Tiene que echar más gasolina. Su mujer se acurruca a su lado, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento. Jones ve que le laten las venas del cuello. En algún punto se produce un sonido pavoroso, casi audible. Jones se lleva la mano fría de su mujer a los labios. Piensa en un ataque de locura, algo que se desmadra, profundamente enterrado en la tiniebla de su esposa. «Sólo te pido que no me lleves al hospital», suplica ella. Por supuesto que irá. Ese momento ya pasó.

Jones le escribe a su hija. Esta mañana ha recibido una breve carta suya diciéndole dónde podía escribirle. El sello extranjero era tan grande que casi borraba las señas de Jones. No había ni una palabra sobre su madre o su hija, lo cual hace que Jones se sienta extraño. A Jones, su propia vida le parece tan increada como la de su Dios, tal vez incluso imaginaria. Su hija le hablaba del pueblo en el que vive. No tiene previsto quedarse mucho tiempo. Quiere viajar. Descubrirá qué quiere hacer exactamente y entonces regresará a casa. El pueblo es pobre pero interesante y hay mucha gente de Estados Unidos de su misma edad. Hay un zoo en la playa. Casi todos los pueblos, por pequeños que sean, tienen un pequeño zoo. Sobre todo hay águilas y halcones en jaulas. ¿Y qué puede responder Jones a eso? Le escribe: «Aquí todo va bien. Quemamos en la chimenea la madera del viejo manzano y huele de maravilla. ¿La niña está al día de las vacunas de la polio? Cuídate». Jones emplea esta expresión todo el rato, por lo general de forma totalmente

gratuita, como cuando compra un paquete de escobillas para su pipa o paga el peaje de la autopista. «Cuidese.» Distráido, Jones termina escribiendo fuera del papel, en el vade del escritorio. Tiene que empezarla otra vez. La echará en el buzón de camino al hospital. Ya llevan tres días seguidos haciéndole radiografías, pero las imágenes salen borrosas. No saben interpretarlas. Su mujer está ahora en una cama de hospital de verdad, con altas barandillas de metal. Se sienta a su lado mientras ella toma la cena. Ella le pide que se lleve su camisón bueno a casa y lo lave con una pastilla de jabón Ivory. Ya no le permiten hacer nada, ni siquiera lavar las pocas cosas que necesita. «Tiene que cuidarse.»

Jones conduce por una carretera rural. Ha caído la primera nevada de la temporada y quiere mostrársela al bebé, que viaja en una sillita acolchada sólo para ella. La cabeza de la niña está casi a la misma altura que la suya y mira concentrada el paisaje, a veces con una sonrisa. Avanzan por la carretera, que surca sinuosa los campos y las frondosas pinedas. Todo está blanco y limpio. Ha nevado toda la tarde y aún lo hace, pero muy débilmente. Grandes copos de nieve caen solitarios sobre el parabrisas. La niña a veces hace ademán de agarrarlos. En ocasiones da una breve patada y un grito de alegría. Ya han hecho los recados. Jones ha comprado leche, un poco de comida y un par de rosas amarillas, que ha dejado en el maletero envueltas en papel de seda y de periódico, en el frío. Tiene que comprar un par los sábados porque la floristería cierra los domingos. No le gusta hacerlo, pero no hay otro remedio. Las rosas se estropean enseguida. Esta noche le dará una a su mujer. La otra la pondrá en agua azucarada y la guardará en la nevera. Sólo le queda esperar que el capullo conserve la frescura hasta el domin-

go, cuando lleve la rosa al calor atroz del hospital. La niña se retuerce entre los cinturones que la sujetan a la sillita. Tiene la boca enfurruñada mientras mira concentrada los campos, los árboles. Va muy abrigada y lleva un gorro de punto naranja que tiene veintitrés años, la edad de su madre. Jones lo encontró hace unos días. Por un lado se ha descolorido y ahora es casi rosa. Lo más seguro es que una vez lo dejaran en un lugar al sol. Jones, conduciendo, casi se siente alegre. La nieve es preciosa. Todo está blanco. Jones es un hombre cultivado. Ha leído a Melville, quien dice que el blanco es un incoloro ateísmo de todos los colores, ante el que nos echamos atrás. Jones no lo cree así. Ve en la nieve algo sagrado, una promesa. Espera que su mujer se haya dado cuenta de que nevaba, aunque una cortina la separe de la ventana. Jones ve algo que se mueve en la nieve, como si fuera un trozo de nieve, corriendo. Aunque conduce despacio, levanta el pie del acelerador. «Mira, cariño, una liebre de las nieves.» Al oír su voz, la niña abre la boca y guiña los ojos en una callada expresión de júbilo. La liebre es magnífica. ¡Rapidísima! Serpentea entre obstáculos invisibles, como si hubiera salido de un sueño feliz. Vuela sobre la zanja, sus patas convertidas en remos, ligeramente amarillentas, del color de la madera sin tratar. «Mira, cielo —exclama Jones—, ¡qué grande es!» Pero de pronto la liebre se enrosca y cae redonda como una pelota, con las patas y la cabeza prietas contra su cuerpo. Golpea en la carretera y se desliza panza arriba unos cuantos metros. El coche se desvía y logra evitarla. Jones para el coche, asombrado. Abre la puerta y se dirige corriendo hacia el animal. La niña se revuelve en la sillita como buenamente puede y lo observa. Es como si el animal nunca hubiera estado vivo. Tiene la cabeza rota en varios sitios. Jones se agacha para tocar su pelo, pero enseguida se incorpora sin hacerlo. Un hombre sale del bosque

sujetando una escopeta. Saluda a Jones con la cabeza y agarrando la liebre de las orejas. Cuando se va, las patas de la liebre rozan el suelo. Hay unas manchitas cristalinas en la nieve. Jones regresa al coche. Querría disculparse, pero no sabe por qué. Toda su vida la ha consagrado a la apologética. Es su profesión. Le interesan tanto la justificación de los actos como el arrepentimiento. Siempre se ha conducido rectamente, pero nunca le ha servido de nada. «Ay, cielo», le dice a la niña. Ella le sonríe, mostrándole su único diente. Ya en casa, de noche, después de que la niña haya cenado, Jones le lee un cuento. Está dormida, respira ruidosamente, pero Jones le cuenta la historia de al-Buraq, el niveo corcel de Mahoma que podía desaparecer de la vista de la humanidad de un solo salto.

Jones repasa una colección de vinilos en la que no hay un solo ejemplar que se haya abierto. Todavía están envueltos en celofán. Los dibujos de las carátulas son al pastel, con motivos épicos. Nombres, instrumentos y orquestas se mencionan con aplomo. Le gustaría coincidir en lo que respecta a la importancia de los discos, pues sabe que tienen valor, pero no está familiarizado con las referencias. Su hija los trajo un día a casa. Se los había regalado un hombre mayor que ella, un profesor con el que tuvo una aventura. A Jones, naturalmente, eso le duele. Su hija le habla de los hombres con los que ha salido pero que ya no le interesan. ¿De dónde salieron esos hombres? ¿Dónde estaban esperando y por qué han desaparecido? Jones recuerda a su hija cuando era una niña pequeña y le ayudaba a rastrillar las hojas muertas. Varios años, el Primero de Abril, su hija le gastó la misma broma: cambiaba el tabaco que guardaba en el humidificador por cereales. Se siente dominado por una mezcla

de remordimiento y asombro. Cuando vio a su hija hace apenas unas semanas, parecía delgada y nerviosa. Casi se había arrancado todos los pelos de las cejas de puro nerviosismo. Y las pestañas. Tenía los párpados hinchados y blancos, como bulbos de flores. Se había mordisqueado cruelmente las uñas y algunas le sangraban. Se había mostrado dura y distante, con el único deseo de empezar un viaje para el que ya había comprado el billete. ¿Qué puede hacer él? La busca en el rostro de la niña, pero no está ahí. Todo continúa y se reanuda al mismo tiempo, pero no ocurre lo mismo con los sueños. Uno no puede revivir lo que ha soñado. Jones rompe el celofán de uno de los discos, sopla el polvo de la aguja y lo pone en el plato. Fuera ha oscurecido. La casa parroquial está lejos y los únicos edificios que hay cerca son graneros. El río no se ve desde allí. La música es el *Te Deum* de Bruckner. Muy bonito. Dedicado a Dios. Pone la otra cara del disco. Una mujer, Kathleen Ferrier, canta en alemán. La música lo deja atónito. Son los *Kindertotenlieder*. Ni se le ocurre buscar la traducción de esas letras. La música es más que suficiente.

En el hospital, su esposa espera que la traduzcan, ya no es una mujer, la mujer a la que ama, sino un problema. Su sangre se mueve con el mismo misterio que las constelaciones. La examinan y la atacan, y ha abandonado a Jones. Es una nadadora que espera un instante antes de continuar ahogándose. Jones lo ve todo desde la orilla. En México, su hija pasea por la playa con dos hombres. Interpreta la obra de teatro en que se ha convertido su vida. Jones está en lo alto de la montaña. La niña llora y Jones la saca de la cuna para cambiarla. El perro golpea la puerta con la pata. Jones lo deja salir. Se pone cómodo con la niña y escucha el disco. La

niña no para de moverse en su regazo. Tiene los ojos de un potrillo, azul marino. En apenas unas semanas, se ha acostumbrado a esperarlo todo de Jones. La sienta en el borde del sofá y va a buscar la caja de sus juguetes, donde guarda un osito, unos cuantos sonajeros y unas pelotas. Vuelve a abrir la puerta y el perro entra enseguida. Su abundante pelo está frío, huele a hielo. El perro acerca el hocico a la niña y ella suelta un chillido.

*Oft denk' ich, sie sind nur ausgegangen!
Bald werden sie wieder nach Hause gelangen!*

Jones elige una brillante pelota y la empuja con dulzura hacia la niña.

Es domingo por la mañana y Jones está en el púlpito. La iglesia es muy vieja y el cementerio colindante todavía más. Está catalogado y no se entierra a nadie allí desde la Primera Guerra Mundial. Han abierto uno nuevo, no muy lejos, que es el que usan ahora las familias. Las sepulturas no están marcadas con lápidas, sino con pequeñas losas, y los operarios, inmediatamente después de un entierro, desenrollan tepes de hierba sobre las nuevas sepulturas para que no quede ni una mácula en el suelo, ni siquiera por una breve temporada. Han acudido al servicio de hoy setenta y ocho adultos, once niños y el coro infantil. Jones aprovecha el ofertorio para contarlos. Los libros de la iglesia dicen que suman en total trescientos cincuenta miembros, aunque tiene la impresión de que no ha faltado nadie. Hoy bautizará a la niña. Ha hablado con una de las señoras para que se ocupe de ella y la lleve hasta la pila cuando termine el primer himno. La niña está preciosa con el vestido blanco de

encaje. Jones ha peinado sus finos cabellos con esmero y luego los ha mojado para hacerle un tirabuzón, pero el pelo ya se le ha secado y se ha encrespado como la cresta de un martín pescador. Jones ha comprado el vestido en Mammoth Mart, una tienda enorme con un gran elefante metálico vestido con un peto en el tejado del edificio. Se siente ridículo por haberlo comprado allí, pero visitó otras tiendas y fue allí donde vio el vestido más bonito. Bendice a la niña con agua de un cuenco de plata. Dice: «Somos salvos no porque lo merezcamos. Somos salvos porque somos amados». Es una ceremonia breve. La niña mira con curiosidad a Jones cuando se la llevan de vuelta a la guardería. Jones empieza su sermón. No recuerda cuándo lo escribió, pero aquí está, mecanografiado, frente a él. «Nada hay de malo en lo que uno hace pero sí en lo que uno se convierte.» Le parece cuestionable, pero sigue adelante. Lleva treinta y cuatro años predicando. Tanta fe le ha dejado demacrado. Pero el recuento de hematíes de su mujer es de sólo 2,3 millones. ¡No es suficiente! ¡No recibe suficiente oxígeno! Jones da su sermón. Por el camino ha perdido lo que estaba buscando. Seguro que antes sí lo sabía. La congregación se balancea como las alas de una mantarraya en el agua. Es domingo y para los pacientes es festivo. Los médicos no los visitan. No hay pruebas ni diagnósticos. Le gustaría irse, cruzar por el pasillo y salir al invierno, donde vertería sus palabras en el suelo. ¡Por qué es incapaz de acordarse de su propia vida! Termina, se sienta, se pone de pie para ofrecer la comunión. Cubitos de pan forman una pirámide derrumbada. Son ofrecidos y recibidos. Jones ingiere su parte, arrancada previamente con sus propias manos de una rebanada de pan de molde enriquecido. Está reseco, casi viciado. Sólo pensarlo le revuelve el estómago. Lo mastica sin parar, pero no se deja consumir y permanece en su boca como un nervio.

Jones espera en el vestíbulo noticias de la operación de su mujer. ¿Hubo acaso un tiempo antes de este terror? Hasta agradecería volver a sentirlo, pero el terror hace tiempo que desapareció, arrollado por la rápida sucesión que va de lo posible, pasa por lo probable y termina en el dato confirmado. La niña está sentada en sus rodillas y juega con su corbata. Esta mañana se despertó muy temprano para el zumo de naranja y luego, con gesto grave, lo regurgitó todo de inmediato. Ahora, sin embargo, parece estar mejor, y sus dedos exploran las corbata de Jones. Siempre que la mira, ella le devuelve una sonrisa luminosa. Se ha pasado buena parte de la jornada limpiando la casa con saña, cambiando las sábanas y las páginas atrasadas de los muchos calendarios que tienen colgados en las habitaciones, cosas que debería haber hecho una semana antes. Ha quitado el polvo, pasado la aspiradora y planchado todas sus camisas. Ha lavado toda la ropa del bebé, pijamitas, batas y peleles de tela suave que se congelan en sus manos nada más salir de la casa. Y ahora espera y mira su reloj. El tumor tiene justo ese tamaño, le dicen, el tamaño de la esfera de su reloj de pulsera.

Jones tiene al bebé en su regazo y le está dando de comer. La cena es larga y complicada. Primero tiene que darle las vitaminas, luego, porque está resfriada, unas gotas de aspirina líquida. La cena continúa con un biberón de leche, de un cuarto de litro, y una ración de papilla de verduras. Ahora la deja descansar un rato para que la comida le sienta bien. Colgada de su cadera, la niña avanza por las habitaciones de la enorme casa mientras Jones enciende y apaga las luces. Regresan a la mesa y le da un poco más de leche, medio

potito de papilla de pollo y unas cuantas cucharadas de postre, normalmente fruta al horno, a veces con nata montada, o pudin. La niña no le hace ascos a nada. Es buena. Come deprisa y bien. A veces coge la cuchara, le da la vuelta y se la mete en la boca por el lado equivocado. Naturalmente, no hay nada que no pueda hacerse mal. Jones adora a la niña. Oisquea su cabeza caliente. Su nacimiento es un profundo error, una abstracción. Nacida en el seno del matrimonio pero sin amor. La deja en el parque y se ocupa del perro. Llena un cuenco de agua y otro con pienso. El perro come con suma educación. Come un poco de pienso y luego toma un poco de agua, luego más pienso y más agua. Cuando termina, deja los cuencos tan limpios como si estuvieran recién lavados. Jones piensa ahora en su cena. Abre la nevera. Las señoras de la iglesia le han traído brownies, venado, queso y compota de manzana. Hay pasteles de pavo, chuletas de cerdo, bistecs, abadejo y hamburguesas de cerdo. Una luz brillante desvela toda esta comida. Hay mucha. Hay que consumirla. Se ha formado una costra en los agujeros de una lata de leche evaporada. Hay una bolsa transparente de higadillos de pollo, cerrada con grapas. Jones contempla disgustado las gotitas de humedad en los briks y las botellas, las perlas de grasa en el guiso frío. Se sienta. La estancia está llena de lámparas y cables. Piensa en su mujer, en su cuerpo con vida, trastornado y unido a sondas, y empieza a temblar. Todos los objetos se quedan turbados ante semejante dolor.

Falta poco para Navidad y Jones da un paseo por el río, junto a una casa abandonada. El perro se abre camino entre la nieve, mordiéndola. Hay flores de escarcha en las ramas de los árboles y, cuando Jones se entretiene debajo,

la niña levanta la mano y empieza a mover la boca porque le gustaría cogerlo, el hielo, la rama, todo. Su mujer volverá a casa en unos días, justo para Navidad. Jones ya ha puesto el árbol y ha bajado los adornos de la buhardilla. No podará el árbol hasta que ella llegue a casa. Tiene muchas ganas de convertir en una fiesta el momento de abrir las cajas de los viejos adornos. Siempre les ha gustado mucho hacerlo. Por supuesto, a Jones se le caerá una bola del árbol que se romperá en mil añicos, que es lo que le pasa todos los años. Avanza con paso lento por la nieve con su pequeña pasajera. Lleva a la niña en un portabebés en bandolera, con las piernas a lado y lado de su cadera. Miran con seriedad la casa carcomida. Hace tiempo un médico tenía su residencia y consulta en esa casa, pero, mucho antes de que llegara Jones, el médico, que gozaba de gran respeto entre los vecinos, fue expulsado de la comunidad porque una chica del pueblo lo acusó de haberla dejado embarazada. Según cuenta la historia, lo único que dijo el doctor fue: «¿De verdad?». Aquello enfureció al pueblo y a los padres de la chica, que insistieron en que se hiciera cargo del niño en cuanto naciera. Eso hizo el médico y se ocupó del bebé con gran esmero, aunque su consulta quedó arruinada y nadie quiso volver a saber nada de él. Un año más tarde la chica contó la verdad, que el padre real era un chico que iba a la universidad con el que pensaba casarse. Quisieron recuperar el bebé y el médico les devolvió la criatura de buen grado. Desde luego, se trata de una historia antigua e importante. A Jones siempre le ha gustado, pero ahora le molesta la pasividad de aquel hombre. Tras la enfermedad de su mujer ya no ve las cosas de la misma forma. Seguirá aceptando lo que le depare la vida, pero ya no se rendirá. Sin duda, todo ha cambiado para Jones.

Porque así lo pide la aseguradora, la mujer de Jones sale del hospital en silla de ruedas. Está delgada y hermosa. Jones siente gratitud y confusión. Le entran unas ganas irrefrenables de darle una propina al camillero. ¿De verdad pueden haber pasado tantos años? ¿Acaso no es ésta su mujer, su amor, justo después de dar a luz? ¿Acaso no está todo a punto de empezar? En México, su hija deambula sin interés por una joyería hasta elegir un pequeño huevo de plata. Se abre con una bisagra y dentro hay dos figuritas, una pareja de novios. Jones deja el bebé en brazos de su esposa. Al principio, la niña se asusta porque no se acuerda de esa persona y le echa los brazos a Jones entre lloriqueos. Pero la voz dulce de su mujer no tarda en calmarla y ya en el coche se duerme en sus brazos. Jones se ha esmerado en dejar la casa preparada para recibir a su mujer. Está limpia y ordenada. Durante varios días se ha obligado a no salir de una zona de la casa para asegurarse de que el desorden sea mínimo. Jones ayuda a su mujer a subir los escalones de la entrada. Juntos entran en las resplandecientes habitaciones.